

*Foro especial: La obra  
Spaniards and Indians in Southeastern Mesoamerica*

---

**Sobre los logros y deficiencias de la etnohistoria  
de los mayas durante la época colonial**

Hacer a principios de 1987 un comentario sobre el contenido de un libro publicado en 1983 y que recoge originales redactados, al menos en su estructura básica, tres años antes, puede parecer anacrónico e inoportuno. Máxime cuando en los tres años que han pasado desde la publicación de la obra hasta hoy, han aparecido diversos trabajos que tienen que ver en forma muy directa con el área, el período histórico y los problemas que en aquélla se plantean.<sup>1</sup> Sin embargo, los objetivos que la publicación pretende y el contenido de una buena parte de los trabajos encierra convierten ese comentario en una labor útil, no solamente por lo que tiene de crítica especializada, sino también porque ofrece la oportunidad de poner por

---

M. J. MacLeod y R. Wasserstrom, eds. *Spaniards and Indians in Southeastern Mesoamerica: Essays on the History of Ethnic Relations*. Lincoln: University of Nebraska Press, 1983. xvi + 291 pp. Bibliografía, mapas e índice. US\$23.95.

<sup>1</sup> Entre 1983 y 1986 aparecieron un buen número de artículos en revistas y publicaciones especializadas sobre españoles e indígenas en el área maya. Además, se han publicado al menos siete libros que tratan de los temas a que se refiere la obra que comentamos: Nancy M. Farriss, *Maya Society under Colonial Rule: The Collective Enterprise of Survival* (Princeton: Princeton University Press, 1984); W. George Lovell, *Conquest and Survival in Colonial Guatemala: A Historical Geography of the Cuchumatán Highlands* (Kingston: McGill-Queen's University Press, 1985); Edward O'Flaherty, *Iglesia y sociedad en Guatemala (1524-1563): análisis de un proceso cultural* (Sevilla: Seminario de Antropología Americana, 1984); Sandra L. Orellana, *The Tzutujil Mayas: Continuity and Change* (Norman: University of Oklahoma Press, 1984); Beatriz Suñe, *La documentación del cabildo secular de Guatemala (siglo XVI): estudio diplomático y valor etnográfico* (Sevilla: Universidad de Sevilla, 1984); Robert Wasserstrom, *Class and Society in Central Chiapas* (Berkeley: University of California Press, 1983); y Elías Zamora, *Los mayas de las tierras altas en el siglo XVI: tradición y cambio en Guatemala* (Sevilla: Diputación Provincial de Sevilla, 1985).

escrito algunas reflexiones sobre problemas de orden histórico, metodológico y teórico que pueden ser de interés para cuantos nos dedicamos, con mayor o menor acierto, a estudiar a los grupos humanos que viven o han vivido en la región que los editores del libro que nos ocupa denominan el sureste de Mesoamérica.

Bajo el título genérico de *Spaniards and Indians in Southeastern Mesoamerica*, Murdo J. MacLeod y Robert Wasserstrom nos presentan una serie de trabajos que fueron preparados por diversos investigadores para ser discutidos en una reunión multidisciplinaria, celebrada en octubre de 1980, bajo el tema "Sociedades indígenas en el sureste de Mesoamérica: orígenes coloniales y crecimiento post-colonial". Según afirman los mismos editores, tal reunión tenía un doble objetivo: de un lado, discutir sobre la génesis de las culturas indígenas actuales de Guatemala, Chiapas y Yucatán durante los tiempos coloniales y los primeros años del período republicano; de otro, se trataba de llevar a cabo una puesta al día de los conocimientos que hasta el momento se tenían sobre el desarrollo histórico de las relaciones indo-españolas en el área maya, a la vez que de poner de manifiesto las lagunas existentes y perfilar las líneas más interesantes de investigación para los años futuros (pág. ix).

Sin duda alguna, la reunión parecía del máximo interés y los objetivos a cubrir eran plausibles desde cualquier punto de vista. Pero es en este punto donde deben hacerse los primeros comentarios. Resulta evidente que los participantes en la conferencia tenían mucho e interesante que decir sobre los temas que se debatían. Sólo con ojear ligeramente las páginas del libro, el lector se da cuenta de que su contenido es de interés. En lo que se refiere al estado de las investigaciones y a las deficiencias y problemas a resolver, los participantes también pueden ofrecer opiniones calificadas, aunque, como veremos, no todos han cumplido con ese requisito en los trabajos que presentan. Lo que ya no resulta tan obvio ni plausible es que, para intentar realizar un análisis del estado actual de las investigaciones sobre las relaciones entre indígenas y españoles en el área maya durante el período que va de 1500 a 1940, se cuente sólo y exclusivamente con especialistas del ámbito académico norteamericano.

Desde luego, como bien justifican MacLeod y Wasserstrom en la introducción, había que seleccionar a los participantes; pero si el objetivo era el citado, el abanico tenía que haber sido necesariamente más amplio y eso hubiera redundado en mejores resultados. Es verdad que los participantes podían haber llevado a cabo un análisis del estado actual de los

estudios teniendo en cuenta todas y cada una de las corrientes y de los trabajos realizados, lo que hubiera permitido un planteamiento más objetivo de la situación actual y de los problemas y necesidades. Pero la realidad es que, lamentablemente, en la mayoría de los casos, los autores que entran en este tema —Farriss, Sherman, MacLeod y Carmack— tienen en cuenta casi exclusivamente las investigaciones realizadas en el ámbito académico anglosajón y, en algunos de los casos, los “olvidos” son de tal magnitud que dicen poco a favor de la seriedad profesional de quien hace el análisis.

Desde esta perspectiva, parece que el libro tiene que ver más con el estado actual de los estudios sobre el área maya durante el período colonial en las universidades de los EE.UU. Esto último tampoco es en absoluto criticable. Lo que ya resulta peor es que se pretenda presentar, y así lo entiendan los que lean la obra, como un estado general de las investigaciones, con lo cual se identifica una parte con la totalidad, y de ello pueden derivarse —y de hecho así ha sucedido a veces— inconvenientes para el buen desarrollo de los estudios en que estamos ocupados. Como se verá más adelante, uno de los problemas que actualmente tiene planteados nuestra disciplina se deriva de la carencia de nuevas perspectivas y planteamientos, como consecuencia (entre otras causas) de la escasa crítica que se hace, tanto dentro como fuera del ámbito académico anglosajón, de las aportaciones empíricas y teóricas de los especialistas norteamericanos y de la escasa atención que éstos prestan a las aportaciones que se llevan a cabo fuera de sus fronteras.

Como decía unas líneas antes, el contenido del libro —si nos atenemos a los planteamientos iniciales— es algo irregular. Desde mi punto de vista, los trabajos de David Friedel y de Grant D. Jones sobre Yucatán, y los de Robert Wasserstrom y Jan Rus sobre Chiapas, no constituyen un análisis sobre el estado de las investigaciones sobre relaciones interétnicas. En todos los casos son buenos estudios parciales, no obstante, y en algunos bastante sugerentes. Esto supone, desgraciadamente, que nos quedamos sin un ensayo de revisión —aunque sea parcial— de los estudios y problemas de la región chiapaneca; aunque, por otro lado, esto no viene sino a confirmar la inmensa laguna de nuestros conocimientos sobre los procesos a que se vieron sometidos los habitantes de las tierras altas de Chiapas, una región que, sin embargo, ha sido analizada intensivamente por los etnólogos.

Lo que sí se desprende de las páginas dedicadas a Chiapas, es el interés de algunos especialistas por el estudio de las rebeliones indígenas, las cuales constituyen el tema central de los ensayos de Wasserstrom y Rus.

Es cierto que el trabajo del primero parece sólo un anticipo de su obra general sobre la región (*Class and Society in Central Chiapas*), en la que se propone superar esta deficiencia y observar el proceso de formación de las comunidades indígenas de Chiapas desde una perspectiva amplia, que incluye a la sociedad colonial y, posteriormente, a la republicana. A pesar de todo, este libro tampoco avanza mucho más allá de los planteamientos hechos en los trabajos citados sobre la región, y pretende articular una gran parte del discurso —sobre todo en lo que se refiere al período colonial— en torno a las sublevaciones indígenas, explicadas básicamente como reacción contra los abusos de los colonizadores. Con todo, creo que la perspectiva de Wasserstrom puede abrir posibilidades de investigación, y que si alguna crítica hay que hacer a su enfoque, ésta no debe ir dirigida por la vía que Rodney C. Watson señala en su reseña de *Class and Society in Central Chiapas*<sup>2</sup> —la consideración del indígena en el ámbito de una sociedad de clases— sino por el mantenimiento de ciertos prejuicios sobre el carácter conservador del indígena maya, muy arraigados entre los especialistas y debidos, en buena medida, a las enseñanzas y planteamientos teóricos de algunos grandes maestros de la antropología cultural norteamericana de la década de 1950.

Un comentario aparte merece el buen ensayo de Nancy Farriss sobre los mayas de Yucatán durante el período colonial. Como en el caso anterior, el trabajo es un adelanto del libro publicado en 1984 (*Maya Society under Colonial Rule*), pero, a diferencia del texto de Wasserstrom, va mucho más allá tanto en sus reflexiones de orden metodológico como de los logros y necesidades de la investigación. En las densas páginas podemos observar las meditaciones de una historiadora sobre los problemas e interrogantes que se plantean en su propia investigación, y algunas de las posibles respuestas que ella misma encuentra. Las soluciones y las vías de análisis, si bien habrá quienes las puedan encontrar no totalmente adecuadas, son sin lugar a dudas interesantes.

Farriss parte de la necesidad de un replanteamiento de los estudios sobre los problemas del cambio en Mesoamérica y defiende la necesidad de “abandonar el término aculturación o, al menos, definirlo más ampliamente”, de modo que quede descartada la idea de que aculturación implica necesariamente que el cambio se moverá en la dirección de la asimilación de la cultura indígena por la cultura colonizadora y dominante (pp. 1-2).

---

<sup>2</sup> *Mesoamérica* 11 (1986): 224-227.

Defiende, por el contrario, una visión más amplia en la que se abandone la idea de la hispanización y su contrario (las sobrevivencias indígenas) y se contemplen la sociedad y la cultura colonial como la transformación de viejas formas en algo nuevo que nunca antes existió. Esta sería una transformación producida por lo que la historiadora denomina "adaptación creativa", consecuencia de una extraña capacidad de los mayas para sobrevivir en un medio ambiente ecológico y social hostil.<sup>3</sup>

Es loable el empeño de Farriss por buscar una vía alternativa a los infértiles estudios que con frecuencia se venían haciendo. Pero el camino no es en absoluto novedoso. Hace ya treinta años que se hizo (en 1954) una formulación del concepto de aculturación en la que estaban presentes las premisas que ella propone, y desde esta línea han venido trabajando varios grupos de investigadores, aunque los resultados alcanzados hasta ahora no sean totalmente satisfactorios.<sup>4</sup> En lo que tiene toda la razón la autora es en que, al menos en el ámbito en que ella trabaja y en la literatura que maneja, ha seguido utilizándose un concepto ya caduco de aculturación —lo que no quiere decir que el antes citado no requiera una reelaboración— que procede de la primera definición del término llevada a cabo hace cincuenta años por Robert Redfield, Melville Herskovits y Ralph Linton.<sup>5</sup> Vuelve así a ponerse de manifiesto la escasa crítica que se ha hecho por parte de algunos investigadores del mundo maya, de los planteamientos de figuras señeras en su época —tales como Redfield— que aún hoy se siguen utilizando y que han impedido una comprensión adecuada de los fenómenos que nos interesan.<sup>6</sup>

Tras esta primera reflexión, el trabajo que Farriss presenta no tiene desperdicio. Nos ofrece un panorama del desarrollo de la población indígena de Yucatán a lo largo del período colonial, con abundancia de sugerencias

---

<sup>3</sup> Farriss, *Maya Society under Colonial Rule*, pág. 9.

<sup>4</sup> Social Science Research Council Summer Seminar, "Acculturation: An Exploratory Formulation", *American Anthropologist* 56 (1954): 973-1002. Véanse, por ejemplo, Alfredo Jiménez, "Etnohistoria de Guatemala: informe sobre un proyecto de antropología en archivos", *Anuario de Estudios Americanos* 33 (1976): 450-499; y Alfredo Jiménez et al., "La cultura indiana como resultado de un proceso de adaptación: notas sobre Guatemala en el siglo XVI", en *Primeras Jornadas de Andalucía y América* (La Rábida, Huelva: Diputación Provincial de Huelva, 1981), II: 213-237.

<sup>5</sup> "Memorandum on the Study of Acculturation", *American Anthropologist* 38 (1936): 149-152.

<sup>6</sup> Resulta interesante la crítica que en este sentido hace Robert Wasserstrom en la introducción de su libro *Class and Society in Central Chiapas*.

que abren un amplio espectro de posibilidades para futuras investigaciones. Se destaca, sobre todo, su habilidad para mostrar las variables que deberían ser tenidas en cuenta a la hora del análisis, para explicar los diferentes procesos de cambio sufridos por los diversos grupos indígenas, entre las que se destacan la proximidad y la presión ejercida por el grupo español dominante. Nos resulta poco claro, entonces, cómo se puede articular la importancia de esa variable con el énfasis que pone en el estudio del indígena como sujeto de su propia historia.

Es evidente que hay que estudiar la historia y los procesos de cambio a que se vieron sometidos los indígenas durante el período colonial de forma específica y no como un mero telón de fondo de la actividad de los conquistadores. Eso vienen haciendo los antropólogos desde hace algún tiempo. Sin embargo, no se debe seguir la ley del péndulo y convertir a los españoles en un telón de fondo de la sociedad indígena. La situación colonial implica la introducción de los indígenas en una realidad diferente, en un sistema en el que los españoles están presentes, y no se puede entender ningún aspecto histórico ni cultural del mundo indígena después de 1492 sin tener en cuenta ese hecho trascendental. Quizás las diferencias que Farriss encuentra entre Yucatán y México central no sean tantas, y convenga una comparación entre ambas situaciones para tratar de determinar la verdadera importancia de la variable española en los procesos de cambio de la cultura indígena. Se podrían evitar así ciertas explicaciones de tipo mentalista que hacen referencia a la creatividad o al conservadurismo de cada pueblo que estudiamos.

La parte del libro dedicada a Guatemala es la más sistemática y la que mejor se adapta a los objetivos que la conferencia y la propia publicación tenían planteados. Cada autor trata, en la medida de sus posibilidades, de ofrecer un panorama de lo que sabemos sobre el período que le ha sido asignado y presentar una serie de preguntas y problemas que requieren solución. El resultado conseguido es, no obstante, irregular y, en el caso del estudio de William Sherman, totalmente decepcionante, máxime cuando se enfrentaba con el período mejor conocido y en el que se presentan cuestiones apasionantes para cualquier investigador interesado en el estudio de los procesos de cambio cultural en contextos coloniales. En contraste, MacLeod y Carmack ofrecen dos ensayos de revisión excelentes, que podrán servir de guía para futuros estudios durante varios años.

Sherman hace una revisión muy simple y lineal de los años que van de 1470 a 1620, tomando como base la literatura que sobre ese período se ha

publicado en las prensas norteamericanas, y centrándose fundamentalmente en la población colonizadora. En este ensayo, los indígenas aparecen de forma tan difusa que a veces se pierden en la trama de los enfrentamientos personales e institucionales que dominaron la vida de los españoles durante el siglo XVI. Esta ausencia casi absoluta de reflexión sobre lo conocido y lo que interesa conocer acerca del que es, sin duda alguna, el sector más importante de la sociedad colonial de Guatemala, es aún más inexplicable si se considera que un año antes de la conferencia en la que expuso el trabajo, Sherman había publicado un libro dedicado precisamente a la población indígena.<sup>7</sup> Cuando el autor entra en estos temas lo hace superficialmente y proponiendo revisiones de los trabajos a partir de juicios de valor sin ningún tipo de apoyo empírico. Su admiración por la figura de Pedro de Alvarado —sin duda apasionante, como tantos conquistadores— le lleva a sugerir la idea de que los indígenas fueron tratados durante su mandato mejor que en cualquier otra región de Centroamérica (pp. 174–175). Como la también ligera afirmación de que durante los años finales del siglo XVI y hasta 1620, los abusos y la explotación del indígena fue menos intensa que en años anteriores (pp. 180 y ss.). Una primera aproximación a la situación de los indígenas durante este período ha mostrado que no fue así en lo absoluto, ni había indicios en la literatura existente en 1980 que permitieran este tipo de sugerencias. Quizás hubiera sido más adecuado afirmar que, al haber cambiado las estructuras de la sociedad colonial, la explotación del indígena también sufrió transformaciones en relación con los primeros años de presencia española en Guatemala.<sup>8</sup>

El capítulo dedicado a las sugerencias, problemas y lagunas en el primer siglo de la colonia se resume, en fin, a algunas generalidades relacionadas con el supuesto mantenimiento del vestido tradicional indígena o el papel de las élites prehispánicas y sus descendientes en la nueva situación histórica. Un lector poco avezado bien podría suponer —si espera sugerencias para futuras investigaciones— que el siglo XVI en Guatemala, en lo que a los indígenas se refiere, es un período bien conocido. Nada más lejos de la

---

<sup>7</sup> *Forced Native Labor in Sixteenth-Century Central America* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1979).

<sup>8</sup> Dos estudios llevados a cabo en la Universidad de Sevilla sobre la situación de los indígenas durante el siglo XVII confirman esta apreciación: María del Carmen Pereo, “Etnografía histórica de Guatemala a principios del siglo XVII” (tesis de licenciatura, Universidad de Sevilla, 1985); y Genoveva Enríquez, “Etnografía histórica de la población maya-quiché en el siglo XVII” (tesis de licenciatura, Universidad de Sevilla, 1987).

realidad, aún hoy. La mayor parte de la bibliografía que se ha escrito desde 1980 hasta la actualidad sobre ese período se refiere, precisamente, a los indígenas; a sus instituciones, sus formas de vida y su papel en la estructura colonial. Ni siquiera podemos hoy decir que los problemas estén resueltos. Desde cuestiones relativas a la demografía histórica del país — que Sherman pasa por alto— hasta el estudio de los aspectos religiosos de la cultura indígena, hay una amplia gama de temas sobre los que se puede trabajar hasta lograr disponer de un cuadro adecuado de la vida de los indígenas durante esos años. Por no hablar de la necesidad de realizar análisis explicativos que nos permitan comprender la importancia de las variables ecológicas en los procesos de transformación cultural, o la causa de que los cambios se orientaran en esta o aquella dirección en función de múltiples y diversas circunstancias.

En lo que toca a la sociedad española, que Sherman conoce mejor, el panorama que se ofrece en el artículo tampoco es novedoso. El ensayo de periodización que lleva a cabo es, cuando menos, simple. Aunque los períodos históricos pueden dividirse de acuerdo con criterios muy diversos, debe buscarse —si uno pretende comprender los procesos— una justificación un poco más sólida que la que el autor nos presenta. Hay ensayos de periodización diversos que consideran tanto el desarrollo de la sociedad española como el conjunto de la sociedad colonial, que deberían haber sido discutidos si se pretendía presentar al lector un panorama resumen del siglo.<sup>9</sup> En la misma línea se encuentra el relato histórico (a veces historicista) que lleva a cabo; y en el capítulo de las conclusiones, pensamos que también había en 1980 más problemas y muy significativos que los que presenta. Entre ellos está el análisis de las instituciones que sirvieron para articular la vida de los vecinos de Santiago. Los estudios sobre el cabildo y su papel en la sociedad colonial que se han publicado recientemente, eran una pequeña muestra de ello.<sup>10</sup> También queda por saber cuál era la estructura social de la población española más allá del funcionamiento de los grupos familiares —bien cono-

---

<sup>9</sup> Véase, por ejemplo, Zamora, *Los mayas de las tierras altas*, pp. 25-27, donde se discuten diversas propuestas de división temporal, atendiendo fundamentalmente a la situación de los indígenas. O'Flaherty propone, asimismo, una periodización para el siglo XVI atendiendo fundamentalmente al proceso de institucionalización de la sociedad española; *Iglesia y sociedad*, pp. 183-190.

<sup>10</sup> Suñe, *La documentación del cabildo*, y Stephen Webre, "El Cabildo de Santiago de Guatemala en el siglo XVII: ¿una oligarquía criolla cerrada y hereditaria?", *Mesoamérica* 2 (1981): 1-19.



cidos, por cierto, a través de la obra de Pilar Sanchiz<sup>11</sup> — y su articulación en las estructuras políticas y económicas de la colonia, así como las consecuencias que las condiciones externas al grupo conquistador (población indígena, recursos) tuvieron en su propia conformación. Qué duda cabe que también son necesarios los estudios biográficos y los de las relaciones entre generaciones —relaciones “old-boy”, como las denomina Sherman— y entre los diferentes grupos de intereses tal como el propio autor propone, pero de nada servirán si no se encuentran en un marco de referencia más amplio.

El estudio que hace Murdo J. MacLeod para el período que corre entre 1620 y 1800 es, por el contrario, excelente. Ya es conocida la capacidad de MacLeod para realizar trabajos de síntesis, para los que utiliza una amplia y variada información bibliográfica y documental, y su habilidad para presentar en unas pocas páginas las características y los problemas de un período histórico. Su aportación al volumen que nos ocupa es una muestra más de lo que decimos, máxime cuando trata el período peor conocido —y por ello más difícil— de la historia de Guatemala. A pesar de esa dificultad, su conocimiento de la época que trata y de la bibliografía disponible le permite trazar un panorama bien definido de lo que sabemos sobre los aspectos más importantes de los siglos XVII y XVIII, y de las más importantes lagunas; hacer una interesante propuesta de periodización, útil al menos como punto de partida para investigaciones futuras, y proponer una interesante variedad de estudios que permitirán un conocimiento más preciso de esos dos siglos tan olvidados por la historiografía y tan importantes para poder explicar el estado actual de las poblaciones indígenas y ladinas de Guatemala. Hay que decir, en relación con esta última cuestión, que si bien las posibilidades de investigación y los problemas planteados por ese período son más de los que el autor expone, ha sabido destacar las variables más importantes a tener en cuenta y sus diversas relaciones. En consecuencia, no cabe duda de que su trabajo es un buen punto de partida que habrá que tener presente al iniciar futuras investigaciones. Las que ya se han realizado comienzan a cubrir algunos de los vacíos de información y demuestran, además, que las apreciaciones de MacLeod fueron acertadas.

---

<sup>11</sup> *Los hidalgos de Guatemala: realidad y apariencia en un sistema de valores* (Sevilla: Seminario de Antropología Americana, 1976); Pilar Sanchiz está llevando a cabo un detenido estudio de la estructura y organización social en el valle de Guatemala durante el siglo XVI.

El mismo comentario merece el ensayo de Robert Carmack, dedicado a la revisión del pasado más inmediato. Pero en este caso el autor ha ido aún más lejos que MacLeod. A la detallada revisión de la literatura existente —no muy abundante por cierto— Carmack ha añadido el análisis de las distintas orientaciones teóricas y metodológicas desde las que se han realizado las investigaciones, ofreciendo al mismo tiempo algunas de sus propias ideas sobre los alcances, problemas y deficiencias de cada una de ellas. Este es, sin duda, un magnífico ejercicio, más importante si cabe que el de la revisión de los aspectos conocidos o desconocidos de esta o aquella época, ya que afecta a algo tan importante como la misma comprensión y explicación de los procesos. Un tema que, como veremos, constituye la carencia más significativa de los estudios no sólo en Guatemala, sino en toda el área maya.

En lo que se refiere específicamente a los contenidos del ensayo de Carmack sobre Guatemala, debemos decir que hace patente la diferencia de enfoques e intereses que a veces existe entre antropólogos e historiadores, incluso cuando estos últimos estén “antropológicamente orientados”. Sus comentarios se dirigen más allá de los hechos concretos —aunque no se olvida de ellos— en busca de las cuestiones relevantes: continuidad y cambio de la cultura indígena; relación entre los procesos económicos y políticos de la sociedad nacional y los procesos de ladinización; transformación de las estructuras económicas locales y regionales en función de las nuevas circunstancias impuestas por las reformas liberales, etcétera. Carmack pone de manifiesto, en definitiva, que los siglos XIX y XX, si exceptuamos los estudios etnológicos realizados desde 1940 hasta hoy, presentan un vacío historiográfico casi absoluto. La escasez de estudios institucionales y de casos durante este período, lleva a que los análisis intentados sobre los procesos de aculturación y cambio no pasen de ser especulaciones basadas en algunas ideas más o menos brillantes de los especialistas, o en referencias y extrapolaciones de lo que ocurrió en otros lugares de Mesoamérica.

Cuando se han intentado análisis más detallados, éstos parten de la suposición de que existe una predisposición entre los mayas para conservar a ultranza su cultura, y se toma como punto de referencia para explicar los cambios de situación anterior a la conquista, presuntamente mejor conocida. Todo eso lleva a considerar que, siendo el período que va desde la declaración de independencia hasta mediados de la presente centuria una fase cuando menos tan trascendental para la historia del país como el siglo XVI, requiere de un estudio detallado si queremos explicar mejor los fenómenos que hoy

se presentan ante nuestros ojos y el modo como han llegado a ser lo que son.

Con todos los aciertos y deficiencias que, a nuestro juicio, tiene, el libro *Spaniards and Indians in Southeastern Mesoamerica* es, al menos por el espíritu que lo inspiró, un paso importante en una labor que, no obstante, queda por realizar: un verdadero replanteamiento de los estudios sobre la realidad histórica y actual de los hombres que han vivido y viven en la región. Un replanteamiento que, desde un punto de vista crítico, permita ver los alcances y las deficiencias de lo hecho hasta hoy, y sirva como punto de partida para la búsqueda de nuevas vías de investigación que superen la simple reconstrucción y descripción de los procesos. Porque si todavía queda mucho por conocer sobre lo que sucedió en el sureste de Mesoamérica entre 1500 y 1950, las deficiencias más notables no están en ese nivel sino en el de la explicación de por qué las cosas fueron de ese modo. En este tema el libro que comentamos no profundiza como hubiera sido de desear.

Desde nuestro propio punto de vista (y creemos coincidir con otros especialistas), los problemas más importantes que hoy tiene el estudio del mundo maya desde los comienzos del período colonial, son de orden teórico y metodológico. Es de aquí de donde parten todos los demás, porque difícilmente podremos orientar correctamente nuestras investigaciones — incluyendo la resolución de los problemas empíricos— sin un planteamiento adecuado de cuáles son los aspectos relevantes de la realidad histórica que debemos buscar, en orden a encontrar explicaciones de los fenómenos que nos interesan. En este punto, los estudiosos del mundo maya nos encontramos en una notable situación de retraso en relación con otras áreas, debido fundamentalmente al predominio de las corrientes historicistas y acrílicas entre un notable grupo de especialistas.

El origen y la causa de esta situación no es difícil de determinar. La etnohistoria del mundo maya tiene su punto de partida en los planteamientos expresados en el libro *Heritage of Conquest*, que recogía las opiniones vertidas de un grupo de antropólogos interesados en la etnología de Mesoamérica en una reunión conocida como "The Viking Fund Seminar on Middle American Ethnology", celebrada en 1949.<sup>12</sup> En la reunión, en sus planteamientos y en los resultados que se siguieron de ella, pesaron poderosamente las ideas de Robert Redfield y de Sol Tax. Entre éstas

---

<sup>12</sup> Sol Tax, ed., *Heritage of Conquest: The Ethnology of Middle America* (Glencoe: The Free Press, 1952).

destacaba, como eje central, el carácter conservador de la cultura en general y de la cultura maya en modo muy particular: los indígenas supieron encontrar la forma de resistir a la presión de los españoles, y conservar una parte importante de sus instituciones y patrones culturales. El indígena de hoy es visto, en consecuencia, como un fósil, como una presentación viva de modos de vida muy antiguos que sólo han podido permanecer gracias a la capacidad de estos pueblos para formar a su alrededor una defensa impenetrable que les ha permitido —cambiando lo accesorio— conservar los aspectos esenciales de su cultura. Gran parte del análisis posterior se ha hecho desde esta premisa: interesaba conocer cómo los mayas habían logrado superar los intentos de cambio llevados a cabo por los españoles y qué aspectos de su cultura se han conservado y cuáles desaparecieron.

En los últimos años, esta forma de ver las cosas ha recibido críticas desde dentro del mismo ámbito académico en que surgió. Wasserstrom califica la idea como “el desafortunado legado de Sol Tax” (*Class and Society in Central Chiapas*) y se propone olvidar el prejuicio de la determinación cultural que la inspira y que obliga a los indígenas a conservar por encima de todo sus unidades patrilineales de organización y a practicar su religión prehispánica bajo la apariencia de catolicismo. Nancy Farriss, en el trabajo que hemos comentado, trata de encontrar nuevas vías a través de la crítica de los conceptos predominantes en la antropología y la historia de su entorno. Sin embargo, como vimos, en ninguno de los casos se encuentran soluciones realmente innovadoras. Wasserstrom sigue ofreciendo explicaciones similares a las de los maestros criticados, y Farriss considera las comunidades campesinas de Yucatán como centros de resistencia cultural utilizados por los mayas desde tiempo inmemorial. El mismo subtítulo dado a su trabajo posterior, *The Collective Enterprise of Survival*, es buena muestra de por dónde caminan las ideas de la historiadora.

Saliendo del grupo de autores que participan en el libro comentado, las explicaciones dadas por Robert Hill y John Early en dos recientes trabajos sobre el origen prehispánico de las comunidades campesinas cerradas y el sistema de cargos en los altos de Guatemala, respectivamente, son buena muestra de la persistencia de aquel “desafortunado legado”.<sup>13</sup> Para Hill, los

---

<sup>13</sup> Robert M. Hill, “Chinamit and Molab: Late Postclassic Highland Maya Precursors of Closed Corporate Community”, *Estudios de Cultura Maya* 15 (1984): 301-327; y John D. Early, “Some Ethnographic Implications of an Ethnohistorical Perspective of the Civil-Religious Hierarchy among the Highland Maya”, *Ethnohistory* 30 (1983): 185-202.

mayas subsisten como pueblo porque su cultura, entendida como pautas o modelos de comportamiento heredados, es muy fuerte y dispone de capacidad para superar los peligros de destrucción a que se ha visto sometida a lo largo de la historia. Para John Early, la explicación de la supervivencia o desaparición de la organización jerárquica de la sociedad, tal como se refleja en el sistema de cargos de las cofradías, hay que encontrarla desde la comprensión del complejo sistema ideológico que caracteriza a la cultura maya y que pervive a lo largo del tiempo.

Resulta, entonces, necesario abrir nuevas vías y poner a prueba nuevas hipótesis para lograr verdaderas explicaciones. En su último libro, Eric Wolf ha hecho un diagnóstico bastante acertado de los problemas que tiene la antropología y la historia para comprender los procesos, y propone soluciones que pasan por el abandono de la concepción de los sistemas culturales como unidades cerradas y conservadoras que toman esta o aquella dirección en función de la voluntad de los hombres.<sup>14</sup> Propone, asimismo, la utilización de nuevas teorías que nos ayuden a comprender y explicar los casos particulares, unos casos que no se pueden ver de forma aislada sino como sistemas abiertos y dinámicos en constante interacción con su entorno físico y social. De esa interacción depende su propia realidad, por encima de la voluntad de los hombres.

En nuestra opinión, ésta es la reflexión que tenemos que hacer, y de forma colectiva: más que preguntar lo que sabemos y lo que nos queda por descubrir en el terreno de los hechos, debemos saber si las preguntas que estamos haciendo son las adecuadas para encontrar solución y explicación a los problemas que tenemos planteados, y si disponemos de los instrumentos teóricos convenientes. La etnohistoria maya debe intentar ofrecer explicaciones, y para ello debe abandonar los prejuicios. Desde 1500, el indígena no vive aislado, sino inmerso en una nueva realidad histórica en la que debe buscarse la causa del desarrollo, peculiar o no, de su forma de ser y vivir. No hay motivos para pensar que los mayas son de forma natural más conservadores que otros pueblos, ni pruebas empíricas de que la voluntad de oponerse a los cambios impida que éstos ocurran. La permanencia o desaparición de cualquier aspecto de la cultura maya y el curso de la historia de estos pueblos, tienen que ser explicados atendiendo a todas y cada una de las variables que intervienen en el proceso, dando a cada una de ellas el peso específico que le corresponde en el funcionamiento del sistema.

---

<sup>14</sup> *Europe and the People without History* (Berkeley: University of California Press, 1982).

Quizás si los autores de los ensayos recogidos en el libro que nos ocupa estuvieran más atentos a las proposiciones que se hacen desde ámbitos académicos distintos al suyo, verían que hay muchos problemas más de los que ellos plantean y nuevas vías de explicación abiertas: problemas y vías que en modo alguno aparecen tratados en los ensayos que nos presentan y cuya crítica y revisión es necesaria si queremos avanzar en la comprensión de la realidad histórica y cultural de los hombres que viven en el sureste de Mesoamérica.

— Elías Zamora  
Universidad de Sevilla

### **Sobre el desarrollo de la sociedad y las relaciones interétnicas en Guatemala**

En 1983 fueron publicados en los EE.UU. interesantes ensayos sobre la sociedad y las relaciones interétnicas en Mesoamérica, escritos por destacados historiadores, antropólogos sociales y etnohistoriadores norteamericanos participantes en la conferencia multidisciplinaria que, con el tema de "Sociedades indígenas en el sur de Mesoamérica: orígenes coloniales y crecimiento post-colonial", tuvo lugar en Dedham, Massachusetts, en octubre de 1980.

Indudablemente, es de gran importancia que tanto historiadores como antropólogos sociales, etnohistoriadores y representantes de otras disciplinas científicas afines estén dispuestos a comparar los resultados de sus investigaciones y a trabajar cada vez más de manera interdisciplinaria. Es un hecho que el trabajo colectivo de investigación histórica se encuentra aún en su primera etapa de desarrollo y por ello es muy meritorio el que, como nos referíamos, representantes de diversas disciplinas sociales e historiadores hayan acudido a una conferencia a tratar un mismo tema desde distintas perspectivas, tal y como ha sido realizado por estos científicos norteamericanos.